

Esther WIESENFELD

Carlos SILVA

DEL VILO EXISTENCIAL A LA EXISTENCIA ITINERANTE:

ANÁLISIS PSICOSOCIAL DEL DESALOJO¹

ARTÍCULOS

RESUMEN

No cabe duda que la problemática del habitar es uno de los grandes temas de este fin de siglo. Poder o no ocupar una vivienda es un problema existencial. Este trabajo aborda una parte importante de la cuestión del desalojo y, correlativamente, de la amenaza de desalojo. Tomando como marco de referencia teórico el construccionismo social, se indagó qué significa para los afectados, según sus mismas voces, vivir bajo amenaza de desalojo o efectivamente desalojados. Entrevistamos en profundidad a un grupo de personas pertenecientes al nivel socioeconómico medio, protagonistas de la experiencia en cuestión. Sirviéndonos del programa digitalizado para el análisis cualitativo de datos ATLAS/ti, presentamos una serie de unidades de información a partir de las cuales damos cuenta tanto del significado de vivir en desalojo así como de la necesidad de generar alternativas dentro de la política de vivienda, que no sólo comprendan las soluciones habitacionales de siempre, sino también otras posibilidades del habitar donde se considere el punto de vista del usuario y lo que éste entiende por hogar.

1. Ponencia presentada en el XXVII Congreso Interamericano de Psicología, Caracas-Venezuela, 27 junio-2 de julio, 1999. Investigación financiada por Conicit (Proyecto No. S1-96001949).

ABSTRACT

There is no doubt that habitation is one of the great themes at the end of this century. To be able to dwell or not in a house is an existential problem. This paper deals with an important part of the issue of eviction and, particularly, the threat of eviction. Taking as a theoretical framework social constructionism, we explored what it meant for people to live under the threat of eviction or what being evicted signifies. We realized in depth interviews of a group of middle socioeconomic level people facing such experiences. With the help of the ATLAS/ti Program for qualitative analysis of data, we obtained several units of information, through which we interpret the meaning of eviction. We argue for the need of generating alternative housing policies that should not only include traditional housing solutions, but also other possibilities in which the user's perspective, and his/her understanding of a home, are taken into account.

Palabras clave

Vivienda. Desalojo. Investigación cualitativa.

Key-words

Housing. Eviction. Qualitative research.

Recibido: 11-10-1999
Aceptado: 25-04-2000

■ INTRODUCCIÓN

La problemática del habitar es uno de los grandes temas de este fin de siglo. El número de personas sin hogar o que residen en condiciones inadecuadas de habitabilidad, ya sea por desastres naturales, conflictos bélicos, o por dificultades económicas para acceder a la compra o alquiler de un inmueble, entre otros, aumenta con el paso de los días. Podemos afirmar que la temática de la vivienda constituye uno de los problemas sociales más importantes que confrontan vastos sectores de la población en numerosos países y, por ende, sus respectivos gobiernos.

Frente a esta problemática el Estado venezolano ha destinado grandes cantidades de dinero para satisfacer las necesidades de vivienda en los sectores sociales de menores recursos. Ya para 1995 el Ministerio de Desarrollo Urbano, Mindur, tenía previsto 140 millones de bolívares para la construcción de viviendas de interés social (en sus diversas modalidades), y en los programas de consolidación de barrios (González, 1995), dejando a la iniciativa privada la construcción de viviendas, ya sea en renta o alquiler, destinada a las familias de clase media y alta.

A pesar de las iniciativas tanto públicas como privadas, el déficit habitacional bruto estimado para el año 1990 fue de un millón ochocientos veinticinco mil sesenta y ocho (1.825.068) viviendas, es decir, que el 46,1% de las familias venezolanas carecía de vivienda aceptable (Oficina Central de Estadística e Informática, OCEI, 1994).

Si bien la situación descrita incluía hasta hace pocos años a la población de menores recursos económicos, en los últimos años y de manera progresiva la clase media también ha visto afectada su estabilidad residencial. Así, la creciente pérdida del poder adquisitivo en general, debido entre otros a la inflación, al aumento de los índices de desempleo, al encarecimiento de los costos de los terrenos urbanos, al elevado costo de los insumos para la construcción, al poco incentivo por parte del Estado para las construcciones destinadas a este sector, la ausencia de políticas de financiamiento cónsonas con las posibilidades de pago de estas familias y, por ende, la dificultad de acceder a créditos con tasas preferenciales para la compra de vivienda, son factores que han provocado un desmejoramiento en la calidad de vida de esta población, reduciendo sus posibilidades de acceder a una vivienda propia, lo cual constituye una de las principales aspiraciones

del venezolano (González-Téllez y Phelan, 1992). De hecho, la Gerencia de Planificación del Consejo Nacional de la Vivienda, en su Plan Quinquenal de Vivienda 1994-1998, estimó implementar programas habitacionales tomando como prioritarios los niveles de asistencia I y II, es decir, personas que perciben menos de dos salarios mínimos mensuales. Mientras que para el nivel de asistencia III, que correspondería en parte a la clase media, el programa sería casi nulo. En cifras, se estimaba un porcentaje anual de 56,1% de nuevas soluciones y 32,7% de mejoramientos, ambos para los dos primeros niveles de asistencia, pero para el nivel III apenas se contemplaba 2,3% de nuevas soluciones habitacionales (Consejo Nacional de la Vivienda, 1998a). Peor aún, si leemos el Informe Anual 1998 (Consejo Nacional de la Vivienda, 1998b), el total de soluciones habitacionales terminadas desde 1990 hasta 1998 corresponde sólo al nivel de asistencia I; 434.437 viviendas en cuya construcción estuvieron involucrados al menos cinco de los organismos más importantes en lo que a esa materia se refiere: Inavi, Fondur, VIV Rural, gobernaciones y Conavi (ésta solamente desde 1995 en adelante).

El panorama descrito coloca a este último sector en una situación de riesgo residencial. Una de cuyas expresiones más dramáticas la constituye el desalojo de los residentes en viviendas alquiladas.

En los últimos años el índice de desalojos en el área metropolitana del país ha aumentado considerablemente (Leal, 1995). Aun cuando no se tienen cifras exactas de esta situación, se estima que en el lapso 1989-1994, la misma afectó a 76.830 familias (Trocones, 1994). No hay duda que se trata de una situación dramática que lejos de resolverse tiende a agudizarse. Es igualmente una situación compleja en tanto está en juego no sólo la vida, estabilidad y salud física y psicológica de las familias implicadas sino también el derecho de los propietarios sobre su bien.

Por otra parte, el primer autor de este artículo ha venido trabajando psicosocialmente el tema de la vivienda desde hace 20 años. Aun cuando se ha centrado en el problema habitacional de pobladores de bajos recursos, el reciente y creciente empobrecimiento de la clase media en ese respecto, la condujo a realizar investigaciones con ese estrato. A la sazón, en 1998 apareció en prensa una convocatoria para una reunión en Parque Central, donde se citaba a personas de clase media en situación de desalojo o bajo

amenaza de desalojo. La autora asistió a la reunión en la cual se conformó un movimiento que llevó por nombre Movecode, iniciales de «movimiento contra el desalojo». Las reuniones consecutivas sirvieron para establecer contactos y realizar conversaciones con los afectados, dando inicio a una parte de la investigación que a continuación se presenta; proceder que se corresponde con la perspectiva cualitativista que acá postulamos.

Ante la situación primeramente descrita, dada la escasez de investigaciones sobre el tema en nuestro país y la experiencia directa tenida con los participantes, nos hemos planteado comprender, desde la perspectiva de la psicología ambiental ¿cómo viven el riesgo residencial, producto de la amenaza de desalojo y el desalojo, familias de clase media de Caracas expuestas a esta situación?

■ VIVIENDA Y RIESGO RESIDENCIAL

Dentro de las diversas temáticas abordadas por la psicología ambiental, disciplina en la que se enmarca nuestro trabajo, se encuentra la vivienda como uno de los ambientes construidos más estudiados. Entre las razones por las cuales éste es un tema prioritario de estudio, no sólo en la psicología ambiental sino también en otras disciplinas, está el hecho de que es difícil identificar algún proceso psicosocial que en su evolución no tenga como referente espacial al entorno residencial. La perspectiva psicoambiental nos proporciona elementos teóricos y metodológicos para investigar y comprender los diversos procesos residenciales, entre ellos aquel que implica vivir en una situación de riesgo residencial, como lo es la amenaza de desalojo y el desalojo en sí.

Las investigaciones sobre vivienda desde la perspectiva psicoambiental se han centrado principalmente en su evaluación como entorno residencial y social. En tal sentido se han identificado las fuentes de satisfacción e insatisfacción con la vivienda en sí, con sus entornos adyacentes, y con los vecinos (Amérigo, 1995; Wiesenfeld, 1995).

Otra tendencia en las investigaciones sobre vivienda desde la perspectiva psicoambiental se ha orientado a conocer los procesos subjetivos de la experiencia residencial (Cooper, 1979; Saegert, 1986). En este particular se han realizado estudios que apuntan hacia la comprensión del significado del hogar como una construcción social del residente, así como los procesos

que contribuyen a la identificación y apego con dicho entorno (Wiesenfeld, 1996, 1997), las formas de ocupar, habitar y apropiarse de los diversos espacios residenciales, entre otros. Pensamos que este tipo de estudio permite aproximarse a la comprensión de la experiencia residencial de los ocupantes en sus variadas dimensiones, en tanto son los propios protagonistas quienes proveen los contenidos que son relevantes desde su perspectiva. De allí la importancia de aproximarnos a la problemática residencial desde un enfoque que recoja el significado y el valor que la vivienda en cuestión tiene para sus ocupantes.

Hay que destacar que existe acuerdo en considerar la vivienda como objeto cuando se enfatiza su dimensión físico-espacial y como hogar cuando se le da mayor preponderancia a la relación entre la vivienda y sus ocupantes. Por lo tanto, cuando la vivienda es investida de significado por parte de sus ocupantes y éstos logran identificarse con su residencia se puede hablar ya de hogar (Aragonés y Sukhwani, 1994) o de ambiente residencial (Amérigo, 1994). Esta última concepción de la vivienda es la que nos interesa en cuanto al estudio que proponemos, pues la vivienda es considerada como un espacio con una alta impronta afectiva y vinculado estrechamente a los procesos de identidad social-residencial y a los modos de residir.

Las consideraciones anteriores respecto al significado de la vivienda como hogar nos sirven como marco de referencia para asumir que el riesgo de perder ese hogar debido a la amenaza de desalojo o su ejecución, genera un impacto profundo en las personas que lo padecen. Al respecto Fried ha señalado que la mera anticipación del desalojo se vive como una situación de pérdida, como una ruptura con el pasado construido, con el presente vivido e imposibilita proyectarse en el futuro, es decir, se pierde el sentido de continuidad, se rompen las relaciones vecinales, se pierde el sentido de identidad espacial (Fried, 1982). En síntesis, es una situación de desequilibrio en la que se anticipan resultados indeseables que coliden con el orden anticipado en nuestro mundo de vida (Bronstein, 1987; Renn, 1992).

Para autores como Grier, el desalojo remite a una acción determinada por circunstancias que trascienden el control del propio residente y lo obligan a mudarse de su residencia, bien sea por requerimiento directo de los propietarios del inmueble o por factores que inciden negativamente en sus condiciones residenciales (Grier, citado en Newman y Owen, 1982). De

acuerdo con este autor hay tres condiciones para que una situación pueda ser catalogada de desalojo residencial. En primer lugar, las circunstancias deben estar más allá de una habilidad razonable por parte del inquilino para controlar o prevenir la situación. En segundo lugar, la situación debe ocurrir a pesar de que el inquilino haya cumplido todas las condiciones impuestas para habitar en una determinada residencia. Y por último, el hecho de seguir ocupando una determinada residencia se convierte en una condición imposible, peligrosa o en todo caso insostenible.

Puy (1995), citando a Cvetkovich y Earle, define dos posturas desde las cuales se puede asumir y abordar el estudio de situaciones de riesgo, las cuales coinciden en gran medida con las dos tendencias descritas respecto al estudio de la vivienda. La primera podría denominarse «posición objetivista», por la cual, generalmente, se inclinan los asesores técnicos del riesgo. Dicha posición asume que en cualquier fuente de peligro existe un único riesgo verdadero que es medible y de alguna manera predecible. Esta posición está fundamentada sobre un paradigma positivista, el cual sostiene que la realidad tiene autonomía ontológica y existe de manera objetiva, es decir, invariable, e independientemente de las personas.

La segunda posición, la cual orientó el presente estudio, es la «construccionista», que concibe los peligros ambientales como construcciones sociales, enfatizando la dimensión subjetiva de dicha construcción.

Construccionismo social

De acuerdo con esta postura, la realidad no posee un estatus ontológico autónomo, sino cualidades que los seres humanos construyen a partir de los significados que elaboran en su interacción con otros respecto a una situación, cosa o persona y son estos significados los que determinan su acción hacia ellos (Berger y Luckman, 1972; Bruner, 1991; Bruner, 1994).

Estos significados se elaboran no sólo respecto a las acciones propias, sino también a las acciones de los otros. Esto supone que las personas son racionales ya que su «conciencia es siempre intencional, siempre apunta o se dirige a objetos» (Berger y Luckman, 1972, p. 38).

Es ese carácter intencional, conjuntamente con la capacidad de tomarse a sí mismo como objeto de análisis, lo que da a las personas la capacidad de ser

reflexivas, permitiendo así elaborar un mundo de significados compartidos y un espacio intersubjetivo sin los cuales la dimensión social no podría constituirse como tal (Ibáñez, 1989, p. 122). Esta cualidad reflexiva permite a las personas reinterpretar constantemente el pasado en función del presente o viceversa, por lo que ni el pasado ni el presente permanecen fijos al enfrentarse a esta reflexividad (Bruner, 1991, p. 109).

Dado el carácter múltiple, relativo, subjetivo, histórico y dinámico de la realidad objeto de estudio, consideramos que la única forma de comprender lo que significa vivir bajo amenaza de desalojo es a partir de las construcciones que los propios afectados elaboran con respecto a este tema.

■ PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Como hemos visto, la vivienda es mucho más que un mero refugio. El entorno residencial es parte constitutiva en la formación de las personalidades e identidades humanas (Rivlin, 1982).

Ahora bien, ¿qué sucede cuando el sentido de residencia de las personas se ve afectado o amenazado por circunstancias adversas? ¿Qué sucede cuando las personas se encuentran en situaciones que en apartados anteriores hemos definido como situaciones de riesgo residencial? ¿Qué sucede cuando en el entorno residencial hay un desorden percibido que altera los patrones por medio de los cuales le damos sentido a nuestro mundo? (Bronstein, 1987). ¿Cuáles son los procesos psicosociales que toman lugar en las situaciones de riesgo residencial?

En síntesis, nos hemos planteado como objetivo general del presente trabajo: conocer qué significa para personas de clase media que residen en viviendas alquiladas, la amenaza de desalojo y/o de haber sido desalojadas. En la medida en que podamos comprender la visión que tienen los diferentes actores involucrados en este problema, acerca de su experiencia con el mismo y derivar a partir de este proceso estrategias de solución que beneficien a las diferentes partes, pensamos que estaremos contribuyendo no sólo a la producción del conocimiento teórico relativo a este importante tema, sino también a la solución de una problemática social en Venezuela. De modo que éste es el primer paso de este propósito, orientado a uno de esos actores: los inquilinos.

■ METODOLOGÍA

La metodología empleada en la presente investigación es la metodología cualitativa. Este tipo de metodología ha sido definida como un intento por capturar el sentido que subyace a lo que decimos sobre lo que hacemos a partir de la exploración, elaboración y sistematización de los significados de un fenómeno, problema o tópico (Banister, Burman, Parker, Taylor y Tindall, 1994).

En vista de que el foco de interés en la presente investigación es comprender lo que significa vivir en una situación de riesgo residencial, la metodología cualitativa nos permitirá comprender el significado de esa experiencia en términos de la interpretación que elaboran sus propios actores.

Muestra

Se recurrió a lo que Glasser y Strauss (1967, citado por Taylor y Bogdan, 1990) han llamado muestreo teórico, y Martínez (1991) ha denominado muestreo intencional. A través de este tipo de muestreo los sujetos son escogidos premeditadamente en función de su pertinencia al tema de estudio con el fin de ampliar o contrastar el conocimiento que se vaya elaborando a lo largo de la investigación (Taylor y Bogdan, 1990).

Para nuestra muestra se llevaron a cabo un total de 11 entrevistas en profundidad, 6 de ellas a personas que se encontraban bajo amenaza de desalojo y 5 que ya habían sido desalojadas. De ellas 7 eran mujeres y 4 eran hombres. La información se recolectó entre fines de 1997 y 1998 a partir de contactos hechos con informantes clave que formaban parte del movimiento contra el desalojo Movecode, y a través de otros contactos con personas afectadas que no formaban parte de ese movimiento. Cabe decir que, dado el carácter itinerante del grupo entrevistado y de la disolución del movimiento de marras, debido a pugnas político-partidistas, no fue posible hacer un chequeo final de los resultados entre los investigadores y los entrevistados.

Tipo de análisis

El tratamiento de la información que se recogió en esta investigación siguió los lineamientos propuestos por Taylor y Bogdan (1990). En primer lugar se buscó una comprensión en profundidad del fenómeno que se estudia, más que el desarrollo de conceptos y teorías de gran alcance, es decir, de leyes universales que expliquen las acciones sociales. Dicha comprensión se basó y se desarrolló a partir tanto de los propios datos, como del contexto en que fueron recogidos.

Por otra parte, en el proceso de análisis de los datos se le dio la misma importancia tanto a las regularidades como a las singularidades (casos atípicos o negativos) que aparecieron (Martínez, 1991; Taylor y Bogdan, 1990), dando cuenta así del carácter polisémico de la realidad social (Schutz, 1974), conforme se identificaron temas y subtemas en el análisis de la información. Para el ordenamiento de esos temas y subtemas se utilizó el ATLAS/ti, un programa computarizado de ayuda para el análisis cualitativo de datos.

A continuación se exponen los resultados de este análisis. Dividimos esta exposición en dos partes. La primera trata los significados construidos por los entrevistados a propósito de la amenaza de desalojo, y la segunda hace lo propio respecto del desalojo mismo. La modalidad de presentación consiste en mostrar primero el producto de la interpretación y, subsiguientemente, el texto interpretado.

■ ANÁLISIS

Amenaza de desalojo

La amenaza de desalojo, al menos en principio, es la pura inminencia de un mal: la espera de algo que está a punto de ocurrir, donde ese algo y la ocurrencia misma pertenecen a la esfera de lo peor. Alguien prefiere y exige la desocupación de una residencia, y los habitantes de la misma, desprevenidos al respecto, deben acatar la medida como sea, pero sobre todo con prontitud. ¿Cómo es vivida esa experiencia? El análisis que sigue a continuación aborda precisamente posibles respuestas de las miles que podría tener esa pregunta.

Cómo opera la amenaza

La amenaza entra por la experiencia del otro. En la cita que sigue se hace referencia a la manera descarnada en que opera el desalojo, y cómo el estupor del testigo se va construyendo al presenciar el desalojo que se da de facto en el vecino.

El caso que se refiere no es particularmente patético, sino más bien un ejemplo de algo que se repite con características muy semejantes. Nótese el cariz agresivo del proceder a ultranza e intemperante de los entes encargados de llevar a efecto la medida. No es posible negociación alguna ni concesiones:

el desalojo se asume como el tipo de acción que no tiene vuelta atrás, que debe darse una vez tomada la decisión. Si se lee con cuidado, podrá verse cómo el desalojo se hace a sí mismo dramático: una hora incomprensible y que no admite salidas rápidas, unos hombres fornidos e ineluctables, unos guardianes de la ley inexorables e indolentes. No es la indefensión del inquilino, sino esos elementos terroristas los que hacen del desalojo una ocasión de temor. Vivir bajo amenaza es, en parte, vivir con la memoria de esto y la posibilidad cierta de dejar de ser testigo y pasar a ser protagonista.

Ese desalojo también llegaron a las 6 p.m. hora brutal, sabían que la Sra. estaba sola con una nietecita de 10 meses lloviendo, no importa el desalojo a la hora que sea es terrible pero si tú a eso le añades que son las 6 p.m. y no tienes a nadie quien localizar que por lo menos te venga a socorrer y te lleve para su casa donde tú no tienes nada, o sea, él llega le toca la puerta, la Sra. estaba hablando con el hijo y le comenta aquí están unos señores muy raros en la puerta ¡ay mi amor yo creo que nos vinieron a desalojar! Bueno ya los tipos estaban dentro le rompieron la puerta la de seguridad, la principal y entraron a la Sra. le dio un preinfarto sola con una nieta. Menos mal que como estaba hablando con el hijo la gente se movilizó y vino, bueno cuando nosotros llegamos que nos avisan, nosotros estábamos en el centro, nosotros no lo podíamos creer un desalojo a las 6 de la tarde esto es insólito, nos vamos para allá, cuando llegamos lo lógico es que hablas con el juez, que dejen a esa gente para que le den 15 días para irse con dignidad, no no no, nosotros no le damos nada, nosotros tenemos una orden de desalojo y esta Sra. tiene que salir ya, negociaciones tuvimos como 1 hora negociando, no hubo manera, el tipo trancado La abogada de la contraparte, el juez, los alguaciles, todos negativos que salían y que no era su problema, donde se iba a ubicar esa Sra. no era su problema, su problema era que había que hacerle el desalojo. A todas éstas llevan siempre unos tipos altos y ellos te sacan la mercancía, te mezclan la comida con ropa, te meten todo, o sea, a lo animal, y te van sacando... tú quedas en el medio como cucaracha en baile de gallina. La persona siempre está en la sala porque es en la sala por donde salen tus corotos por la puerta principal. (7:24)

Vivir bajo amenaza

La amenaza de desalojo coloca al ser en una suerte de vilo existencial. En

algún momento la persona tendrá que abandonar su vivienda a despecho de sí misma. Y decir «en algún momento» es enunciar la suma misma de la incertidumbre. No se sabe cuándo el objeto de la amenaza tendrá lugar. Sólo se sabe o se sospecha que será pronto. En las citas que siguen se construye la amenaza como erosión de la vida. Vivir en amenaza es morir minuto a minuto. O, en el peor de los casos, la amenaza es ya la muerte. La casa, una vez sustraída, dejará al ser en ascuas, sin horizonte de resolución existencial. Así, la persona prefiere morir, pues no tiene casa a dónde ir, esto es, no tiene cómo dar continuidad a su vida. Pues la casa que se tiene es eso: el orden de inscripción del flujo vital. Sin ella la vida se detiene.

Eso... Es... Morir poco a poco. Eso... Es... Eh... Morir poco a poco. Eso no es vivir (3:12)

Porque... Te quitan la vida con esta angustia... Te... Quitan... La... Vida con esta angustia... Porque esto no... Es... Vivir... Yo a veces prefiero morirme... Y no estar viviendo así... Pero es que yo no tengo para dónde ir... No... Tengo... Para... Dónde... Ir... (3:13) <explica> 3:12
Está... Viviendo con el alma en vilo con la vivienda. Vendrán hoy... Vendrán mañana... Vendrán pasado... Vienen... Ah... Entonces no tiene vida claro que muere poco a poco... Eso es una forma de matar a la gente poco a poco que es lo que quieren ellos. (3:41)

La vida bajo amenaza de desalojo afecta de plano el resto de las interacciones sociales. La amenaza propicia en la persona una suerte de deriva atencional. No es posible el esmero ni la concentración. No es posible el escape, la distracción. La amenaza va con el ser a donde éste vaya. Y esa ida preña al contexto de la misma zozobra existencial. El «amenazado» no pertenece al orden del sosiego: el sobresalto vive en él como un dolor sordo:

Ah... imagínese usted no puede ni concentrarse en el trabajo... Porque no la dejan concentrarse la preocupación... De que si van a venir a desalojarla... Yo estoy en el trabajo y... estoy de mal humor. Entonces me... me... reclaman... porque... porque uno está pensando en que... en que... un día la van a botar para afuera y no sabe cuando... Ah... entonces no puede ni rendir en el... trabajo... ¿verdad? Ni estar tranquilo en la casa tampoco... (3:42)

Por otra parte, la amenaza puede también experimentarse como una irrupción brusca en el curso de la vida. El resultado es la desestructuración de

ese curso, o mejor dicho, de esa vida. La amenaza desordena al ser reduciendo al mínimo las posibilidades de recomposición. La condición definitiva de la persona bajo amenaza es, entonces, la interinidad. Nótese que el paso del estado anterior «inalterado» al posterior «alterado» (vuelto otro) no es paulatino, no es un proceso, es más bien un vuelco radical absolutamente irreversible («no tienes oportunidad de volver»):

El que te pongan una presión, que te digan «Te tienes que ir», es terrible, eso es abrupto, (...) Es más, después que tú te enteras de eso, ya no tienes oportunidad de volver, o sea, no puedes rearmar la situación. Empiezas a vivir de una vez en un lapso de transitoriedad. (4:1)

En la serie de citas que mostramos a continuación, vemos cómo la amenaza hace del ser un núcleo de suspicacias. La vida se vuelve una red de barruntos. El mundo se convierte en un ámbito puramente indicial, donde todo puede ser signo del desalojo. Ni siquiera la esfera onírica se salva: hasta allí se insinúa la amenaza. Vivir es vivir en guardia, escrutar cualquier indicio que pueda parecer extraño o, por el contrario, que parezca natural («suenan el timbre»). Y esto no es cosa de espejismos personales: las presiones terroristas son conocidas (spray, «aceite», corte de los servicios). Cada una de esas posibilidades es un «debes irte ya». A todas estas, el hogar, continente del ser, se convierte en la cárcel del ser. Pues, para que nada de lo que se sospecha tenga lugar hay que permanecer en casa, sospechando siempre. Podría afirmarse que la suspicacia es la respuesta a la incertidumbre: como no se sabe cuándo se cumplirá lo prometido, la persona disemina ese cumplimiento en los objetos y eventos que la rodean. El resultado es un desgaste enorme, o como sugiere el último fragmento: el envejecimiento es el precio de la amenaza:

Horrible, horrible, porque llega un momento que tú hasta sueñas, porque estás pendiente de cualquier ruido raro que oyes en el edificio, porque no sabes si es la conserje, si es alguien que se metió con la idea, porque tú sabes que hay quienes o lo que dicen, y gracias a Dios no nos ha pasado, de que le ponen spray, que le echan debajo de la puerta aceite sea ellos inventan o le cortan el agua o le cortan la luz. (8:4)

Cualquier cosa lo más mínimo cosa que Ud. vea que no es normal Ud. pendiente entonces allí suena el timbre y todo el mundo se pone en pie y

si tú oyes hablar normal okay perfecto y nada pasó y tu te olvidas pero estas pendiente de lo más mínimo eso te quita no sé... (8:5)

Yo estoy allí como quien dice secuestrada o como presa uno no se puede mover uno tiene que estar allí porque uno no sabe lo que va a pasar, yo me puse a coser comencé esta tarde y me relajé un poquito ya no estoy tan pendiente porque mira es una angustia es que tú oyes a dos personas hablando en el edificio y tú crees que están hablando del problema del edificio y entonces tú que estarán diciendo. (8:6)

Es horroroso, horroroso porque tú todo el tiempo estás pensando tú vas llegando a tu casa y te preguntas ¿qué habrá pasado con el apartamento? ¿habrán entrado? ¿No habrán entrado? No sé, te cambia totalmente y envejeces... (8:7)

Significado de vivienda

Ahora bien, una vez referidos aspectos relacionados con la vida durante la amenaza, afectos y efectos, cabe traer a colación lo que significa la vivienda para las personas en esta situación. Esta significación está en la base de todo impacto y de todo sentimiento que genera la amenaza.

Comencemos por una metáfora: la casa es una madre. Y esto es así porque la madre es resguardo seguro, es vientre que acoge y al cual se va sin problemas, ufano de certidumbres. Con la madre o en la casa, se pone en juego la autenticidad del ser. Allí la persona se da al Otro con plenitud («comparto lo que yo tengo»). Ese «yo» es un yo seguro. Y esta seguridad sólo es posible por el espacio, por la casa misma: lugar firme donde la posesión no tiene complicaciones. La amenaza cuando funciona atenta contra esto, contra la madre y contra el yo:

Una casa yo creo que es como decir mi mamá. Uno dice «voy a hablar con mi mamá», que es lo primero que tengo allí cuando uno se siente mal, cuando uno está viajando y dice que lo que quiere es llegar a su casa. Mi casa es mi refugio, es mi... es donde yo comparto lo que yo tengo, lo mío. Entonces, yo creo que es como una segunda mamá. Yo lo considero así, porque siempre yo digo «voy a donde mi mamá» es cuando voy a la casa. (1:14) El hogar en sí es como algo muy materno, es como la madre que cuando tú te casas y dejas del hogar de tu mamá y formas tu nuevo hogar viene

siendo como la gran madre que te cobija, que cuando tú tienes tus problemas tú sales corriendo a decirle mira mamá que me pegó fulanito de tal y sientes el alivio de que tu mamá sale en defensa tuya, es una cosa así. (7:6)

Quizás deberíamos decir lo contrario: que la casa sea «la gran madre» no es una metáfora, sino el referente perfecto para concebirla.

Por otra parte, la casa o el hogar (las personas pasan de lo uno a lo otro sin solución de continuidad semántica), es el continente de los afectos, positivos y negativos. Es en ella donde esa autenticidad del ser de la que hablábamos se vuelca en todo lo que tiene de sentimientos. El resultado exitoso, el resultado fallido, la euforia o el sosiego, encuentran en la casa un orden amable donde darse con fluidez:

El hogar es todo, es la ilusión, es la frustración, la alegría, es todo es el recogimiento, te podría hablar todo lo que viene en el diccionario que significa hogar. (7:7)

La casa es también el espacio que da cuenta de uno mismo, que se va conformando con las trazas íntimas del ser que la habita. Cada rincón es una maña, un gesto que sólo hago yo. La casa es la cesión de un carácter, un reflejo del ser que le ha entregado sus demonios, pequeños mediadores entre lo que soy y el espacio que habito. De allí que la amenaza resulte así de grave: no es un artificio arquitectónico lo que se intenta sustraer, sino un modo de ser que tiene tiempo construyéndose y que vive en constante construcción:

Cuando uno se va a vivir a la casa de uno le pone todos los diablos que uno lleva encima. (7:9)

Ya para finalizar este apartado, mostramos este breve diálogo donde la casa es concebida, por un lado, como un receptáculo de la evolución familiar y, por el otro, como un espacio para la recuperación de la armonía. En la casa se crece y se descansa:

—Rina: Cada uno tener un techo es la cosa más bonita. Y un hogar es donde una forma su familia, la cría.

—Conch: ¡Ah!, por supuesto.

—Rina: Hay una cosa tan bella para mí. Mire, a veces cuando llegaba yo

del trabajo, pasaba un día tan mal, venía aquí y conseguía a mis hijos, a mi esposo, y me decía «¡ay!, hogar dulce hogar! (3:32)

Aprendizaje de la experiencia

Ya para finalizar este análisis referido a la amenaza de desalojo, traemos a colación algunas de las enseñanzas que deja esa experiencia. En primer lugar, la amenaza contribuye a crear conocimiento sobre las bases legales del desalojo. El ser bajo amenaza alcanza un punto de comprensión de aquello que rige la medida que lo conmina. Si hay algún sosiego en esa situación, lo da el saber. Y a partir de allí, toda acción que se guíe por ese saber, colabora en eso de sobrellevar la amenaza:

Bueno actualmente, mira ya después que uno se ríe. Después que uno conoce las leyes, dice «uno sí fue bien gafo: pensar que la cosa es tan sencilla». Uno entiende la materia jurídica más fácil, y entonces uno dice «ya aquella época pasó, ya no tengo por qué estar recogiendo las cosas si no iba a venir el desalojo». Y ahorita cambió la situación en los tribunales.

El expediente se movió distinto y ya uno le enseña. Por lo menos yo le decía a mi mamá y mi papá todo lo que podía suceder con un desalojo, qué pueden hacer, qué deben y qué no deben hacer y entonces ha mejorado la comunicación. (1:9)

Otro aprendizaje a destacar es el de la resignación sabia, por llamarla de alguna manera. El ser que ha madurado bajo amenaza de desalojo, crece hacia una especie de tolerancia ante la inminencia del mal. Esa tolerancia se traduce en no permitir que aquello que en algún momento habrá de ocurrir, interrumpa el flujo de la vida. Si el desalojo se da, se da, pero mientras ocurra lo contrario la vida sigue, y eso es crecer:

Esté como esté, me esté bañando, esté comiendo o tenga dolor de cabeza o tenga dolor estomacal, si tenemos que salir tenemos que salir. Y entonces esa parte también lo ha ayudado a madurar a uno un poquito y no ser tan afectado por los desalojos. (1:23)

El desalojo

Si en el capítulo anterior hablábamos de la pura inminencia que era la amenaza, en éste abordaremos el hecho en sí, o mejor dicho, el hecho construido por los participantes.

Cómo opera el desalojo

Ellos le empezaron a cortar todos los servicios, es decir, habilidosamente trataron de cortarle... es decir, no le hacían mantenimiento, es decir, el edificio se estaba cayendo, tratan de no cobrarle la renta para hacerlos que caigan en un incumplimiento y que por supuesto se cansen ya también de pelear. (4:17).

Esta cita, podríamos decir, es una descripción gráfica y standard de cómo comienza a operar el desalojo. La estrategia predilecta de los propietarios es la desidia respecto de la edificación. Allí donde debía proceder un mantenimiento responsable y constante por parte de éstos, los inquilinos comienzan a ser presas de una franca incuria en la prestación de los servicios básicos comunes. La idea fundamental de este procedimiento es socavar la entereza y beligerancia de los ocupantes. No hay resistencia posible donde se propicia la inestabilidad residencial de facto, es decir, donde se hace del hogar un lugar difícil de habitar.

Vivir en desalojo

Una vez que el desalojo se ha hecho efectivo, comienza la vida del desalojado. En las siguientes citas damos una muestra de cómo es esa vida. La persona desalojada experimenta lo que podríamos llamar incomodidad de lugar: no hay sitio donde se sienta a gusto. O en todo caso, los lugares son menos la oportunidad de permanecer en ellos que la de marcharse de ellos. El desalojado se convierte en un ser itinerante respecto de las formas residenciales:

Es una gran desventaja, tú te sientes con que no te sientes bien en ninguna parte, yo cada vez que estoy en una casa por alguna razón arranco. Yo no duermo más de cinco días en la misma casa. (5:14)

Por otra parte, el desalojo supone pérdidas importantes en términos psico-ambientales. La privacidad es una de ellas, tal como lo afirma la cita que sigue. La pérdida de la privacidad que implica la pérdida de la casa, se traduce en el ser como un temor ante las contingencias, como una necesidad de estar a la defensiva, producto del desamparo en el que súbitamente se ve envuelto. Ser arrojado del hogar es hacer de uno un costal de incertidumbres:

No hay privacidad, eso se perdió. Yo siento que no tengo privacidad en ninguna parte, de hecho estoy muy... muy a la defensiva, muy aprehensiva. (5:16)

En las siguientes dos citas la condición errante del desalojado se hace patente. Nótese el impacto, la terribilidad, de esa condición en términos residenciales que resume la cita 5:18. El colmo del desarraigo en el desalojo es que no se tiene un lugar cierto donde a uno lo puedan encontrar. Incluso, los otros definen al desalojado por esa carencia conjugada por la movilidad permanente. La pregunta «¿Y dónde estás ahora?» es muestra de ello. A esto se suma la extensión en el tiempo de esa condición y su aparente ineluctabilidad: «el 'Ya está bueno' no se corrige».

Eso es terrible, o sea, tú no tienes una dirección que dar. (5:18)

Tienes gente que te pregunta: «Bueno y ¿dónde estás ahora? Cónchale X otra vez, y otra vez». Vives rodando, rodando, rodando hasta que tú dices: «Ya está bueno». Pero ese «Ya está bueno», porque es mentira, ya yo tengo tiempo en esto y el «Ya está bueno» no se corrige. (5:19) «soporta» 5:18

Significado de vivienda

Una de las razones principales por las que el impacto del desalojo es de tal magnitud, la encontramos en el significado que las personas asignan a sus viviendas. Sólo el peso semántico-afectivo del objeto despojado logra generar la desestructura existencial que el desalojo genera.

En primer lugar, la vivienda reconcentra en sí misma la idea de importancia. Un enunciado aparentemente escueto como el que sigue, así lo reafirma:

[La vivienda es] lo más importante. (3:12)

Aumentando el nivel de complejidad, la vivienda es como el centro de operaciones de la existencia, como el tablero de control ontológico desde el cual se ordena y comienza a operar la vida para con uno y con los demás:

A nivel práctico pues es la sede, la base del desenvolvimiento de todas tus actividades, mis actividades, desde todo punto de vista, o sea ésta es mi base de operaciones para mi vida laboral, mi... mi vida social, mi vida emocional, pues porque en la casa se comparten experiencias, situaciones, ¿no?, afectos, la casa no es solamente un techo y 4 paredes, no es para bañarse, vestirse, comer y salir, entonces en ese sentido, además de la parte práctica para mí es un espacio vital, o sea, es parte del espacio vital, o por lo menos esa tendría que ser la función. (2:6)

La vivienda te condiciona prácticamente todo, el lugar de trabajo, las amistades, la vida social. (1:19)

La vivienda no es sólo punto de irradiación del ser, es también el lugar del recogimiento existencial, donde la persona puede volverse hacia sí: poseer cosas que están inscritas en un espacio. Poder decir «esto que está aquí me pertenece», es parte de esto que llamamos recogimiento. La casa es el lugar del buen poder, aquel que se ejerce sobre las cosas que legítimamente nos pertenecen y que forman parte de lo que psicológicamente se llama hogar. La metáfora crousoeniana («es como mi isla»), no es gratuita y ser despojado de ese bienestar insular, es, como de alguna manera ya hemos dicho, agobiar al ser con dolorosas limaduras:

Mira la residencia para mí eso es como...como, es como mi isla, este, yo necesito imperiosamente una vivienda, es como mi isla, ése es mi lugar, este...es mi lugar, para mí es muy importante realmente tener un lugar, muy importante eso y yo siento que una de las cosas que, que más me ha afectado, primero desde que me vine y me cambie de país, y luego por la inestabilidad que fue un poco desarticular mi matrimonio y todo eso, el no tener una vivienda me desbastó, me desbasta porque yo necesito tener un lugar al cual yo llegue y del cual yo me vaya y donde yo tenga mis cosas, este, y que yo tenga realmente... poder sobre él, y no sea un lugar que en determinado momento alguien me lo quite, yo tengo que, no solamente que me lo estén quitando... (1:14)

Significado de desalojo

El complemento de la gravedad del impacto está representado por la figura del subtitulo. El desalojo se soporta mal no sólo porque el objeto sustraído (la casa) me sea caro en los sentidos referidos, sino porque el proceso mismo es considerado nefasto.

De nuevo, «terrible» es toda la elocuencia. La cita 1:15 reduce a ocho palabras el drama del desalojo. Una valoración hipernegativa: terrible; una acción que algún otro ejerce sobre mí («ponerte») en pro de mi propia desgracia; y el peor de los lugares en términos residenciales: la calle. Toda la semántica del extravío del ser que construye el desalojo, encuentra en la figura de la calle su superficie de inscripción: allí va a parar el que ya no tiene casa, y ya sabemos lo que implica no tenerla:

Lo terrible que es ponerte en la calle. (1:15)

Y es en la calle donde se topa el desalojado con el sentido de su especie. El desalojo significa más que mi drama, el drama de muchos. En nuestro país quedar sin casa, así de súbito, es un problema social. El que no vive el desalojo, no nota el desalojo del otro, reza la cita, pero ya va siendo hora de que esto cambie:

Yo a veces me sentía mal incluso siendo yo un tipo solo que finalmente yo me podía acomodar en cualquier lado, veía parejas por ejemplo y escuchaba sus conversaciones: «Éste es el cuarto del niño» y la cosa, entonces yo decía: «Dios mío esta gente son todos unos peregrinos que andamos todos de errantes por ahí, ¿verdad? Cada uno resolviendo eso desde donde puede», y esta gente con hijos, imagínate ¿no?, este, para un muchachito que vive hoy que sé yo, Las Palmas y bueno irá a vivir quién sabe dónde, quién sabe a qué escuela irá, quién sabe qué amiguitos tendrá o no tendrá, dependiendo de lo que sus padres pudieron hacer en este, en esta... en esta jungla. Eso yo lo viví, y lo viví mucho porque yo estaba prácticamente todos los días en esto, y te aseguro José que ahí tú ves una parte de la sociedad que, que está viviendo normal, en su lugar no imaginas si quiera veces de que eso es así. (1:23)

Aprendizaje de la experiencia

Finalmente, hemos querido traer a modo de cierre, las construcciones de las personas a propósito de lo aprendido a partir de la vivencia del desalojo. Comenzando por lo negativo, veamos las siguientes citas:

Entonces agarré dinero de donde ni tenía, reuní todo el dinero que tenía, trabajé en otras partes para que me pagaran más y reuní algo de dinero para comprar apartamento y conseguí que satisfacía todo, y firmé, y fui a la Notaría, y pagué una inicial, y fui al Banco para lo del crédito y puse todos mis papeles, y la señora al mes, al mes y una semana me llamó y me dijo: «X, no le voy a vender el apartamento». (5:10) «justifica» 5:11. Codes: [Estrategias de resolución] [Vivir en desalojo]

Entonces yo no creo absolutamente en nadie, yo tengo una situación con las casas terrible. (5:11) Codes: [Aprendizaje de la experiencia]

Las citas dan cuenta, pues, del descreimiento que la persona construye a partir de la experiencia del desalojo. Nótese que aun cuando resulta difícil

establecer una articulación cierta entre el resultado fallido que refiere la cita 5:10 y el escepticismo terminante de la cita 5:11, la experiencia vivida de desalojo tiñe de mal agüero toda expectativa de resolución residencial.

Incluso, en términos de aprendizaje de la experiencia de haber sido desalojado, la persona se ancla en un pesimismo extremo. Éste adopta la forma de la clausura ante la alteridad. El Otro es construido como una entidad que se prefiere en la periferia de la casa, una entidad sin acceso al espacio residencial.

No alquilar más nunca, no meter a nadie en la casa y si llego a casarme le voy a hacer una firma que es que ni siquiera la copia de la llave, es de mi propiedad. Ésa es una lección importantísima. (5:23)

Desde el punto de vista positivo, y valga el maniqueísmo, el desalojo contribuyó a reconsiderar el significado de la vivienda como un bien psicoambientalmente preciado:

Mira lecciones, muchísimas, o sea, yo fui siempre una persona que no estuvo dentro de una, nunca tuve entre mis prioridades eh... los objetivos materiales, por ejemplo y en la medida que la casa, que yo considere mi casa, siempre me fue dada, es decir, siempre estuvo ahí. Nunca yo lo tomé como que de verdad yo tenía que preocuparme por una casa. De hecho cuando yo compro una casa, que la compro con mi pareja acá en Venezuela, la compré te confieso que costó pero no fue una cosa así de otro mundo, era otra época también, y fíjate allí yo no puse cuidado, demasiado cuidado en escoger. (1:17)

Otro aprendizaje es el que se refiere al acuerdo formal entre el propietario y el inquilino. Todo arreglo debe estar mediado por un documento escrito, por un aval que no admita sorpresas del tipo «Ud. debe desalojar dentro de un mes» o torcimientos del tipo «Esto ya no es un lugar de residencia, sino de oficinas»:

el único entendimiento es por escrito, bueno eso, eso es un aprendizaje que yo hice. (2:12)

Otra lección que, que aprendí es que hay que cuidarse las espaldas y actuar según Ley. (2:13)

Por último, queda la previsión. El desalojo mueve hacia la idea de la propiedad y todo lo que implica en términos de ahorro. La conjura ineluctable ante el desalojo es ser uno mismo el dueño, no más. Casa propia, mundo seguro:

Como dice el dicho: «Tú no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes». ¡Ja, Ja! De repente la manera también de aprender, también de repente uno dice, de ahorrar también para comprarte, o sea, no vivir, confiarte que vas a vivir toda la vida alquilado, «bueno yo voy a estar aquí...» o prestado, como tú quieras llamar al apartamento, o sea, que de repente tú ahorres para tener tu propia, tu propio apartamento, o sea, que tú compres tu broma y que a ti nadie te saca, hasta que tú no lo vendas o te quieras deshacer de él por X circunstancia, que lo alquiles, que se lo prestes a un familiar o algo. (3:14)

■ PALABRAS FINALES

La contundencia de la temática que hemos tratado en esta investigación no ha venido dada por el hecho «puro», ni por su anuncio, sino por el significado que se va construyendo en la vivencia de los afectados. Vivir bajo amenaza de desalojo y haber pasado por él son experiencias que pertenecen, según el punto de vista de los entrevistados, al orden del trauma. Se pasa del vilo existencial a la existencia itinerante, dicho de otra manera, se pasa de la angustia de estar a punto de perder la casa, a la deriva de andar de lugar en lugar, sin techo propio. En definitiva, ambos procesos arrojan al ser al campo de la irresolución de sí.

Estos resultados, en el marco de la psicología ambiental, están estrechamente ligados tanto al apego residencial como a los procesos de identidad.

Tal y como lo sugieren Wiesenfeld (1996), Low y Altman (1992) y Hummon (1992), el apego residencial consiste en una serie de afectos que genera en la persona el vínculo profundo con su hogar. Esto es precisamente lo que decíamos en el caso del significado de la vivienda: la casa es el continente de los afectos. Ese nexos, que es casi una inmanencia, colabora en la construcción del desalojo como una verdadera desgracia, como un desgarramiento del ser.

Por otra parte, Brown y Perkins (1992) sostienen que ese vínculo funge de anclaje cierto en pro de la construcción de la identidad personal. De hecho, tal y como afirma la misma Wiesenfeld (1996, p. 340):

«El entorno residencial constituye una dimensión importante para la configuración de la identidad personal y social, a la vez que es expresión de ella. En este sentido, la vivienda es una forma de presentación personal».

En el caso que nos ocupa, hemos visto cómo la casa, en trance de pérdida o ya perdida, permite a las personas volver sobre el sentido de la misma y actualizar el estatus identitario que aquella le provee o, mejor dicho, cómo su identidad personal y social se encuentra supeditada al hogar. Repetimos, cuando se desaloja no se desplaza a un ser de un lugar, sino al ser mismo junto con el lugar. Es una suerte de asolada existencial. Guardando las distancias, con el desalojado sucede algo análogo a lo que sucede con el damnificado: el ser sólo puede entenderse en términos de su desestructura, tanto personal como familiar, pues ha perdido los elementos de anclaje que provee el hogar y vive intentando redefinir el sentido de su vida (Wiesenfeld y Panza, 1999).

Tal vez sea ésta una de las conclusiones más importantes. La amenaza y el desalojo mismo atentan contra la identidad de la persona y la tradición afectiva que siente respecto de su lugar. El costo psicológico de ese par de medidas alcanza ese nivel.

Por otra parte, consideramos importante complementar los significados y repercusiones de la experiencia de desalojo, precedida de la amenaza, indagando con detenimiento la posición de otros actores involucrados. Por ejemplo, propietarios y personas de la esfera jurídica (jueces, abogados) con conocimiento en el área, así como también personas pertenecientes a otra clase social que hayan pasado por la misma experiencia.

Finalmente, habría que tomar en cuenta alguna de las implicaciones que se derivan de esta investigación relacionadas con el manejo del conflicto. Cosa que se relaciona directamente con la necesidad de generar alternativas dentro de la política de vivienda que comprendan no sólo las soluciones habitacionales en términos materiales, sino también otras realidades de la problemática del habitar. En este sentido, consideramos relevante iniciar un proceso que permita sondear las alternativas de resolución que los protagonistas piensan aplicables a su situación residencial. Esto ayudaría a construir una plataforma dialógica entre las entidades involucradas (propietarios, inquilinos, abogados) que reduzca los costos psicológicos, económicos y sociales de la amenaza de desalojo y del desalojo mismo.

BIBLIOGRAFÍA

AMÉRIGO, M.

1994

«Entornos residenciales».

En Hernández, B.; E. Suárez y J. Martínez (eds.), *Interpretación social y gestión del entorno*. IV Congreso de Psicología Ambiental, Tenerife.

1995

Satisfacción residencial. Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno.

Madrid: Alianza.

ARAGONÉS, J. y SUKHWANI S.

1994

La vivienda como escenario de conducta y símbolo de la identidad de la dentidad social.

Madrid: Facultad de Psicología. Universidad Complutense de Madrid.

BANISTER, P.; BURMAN E.;

PARKER, I.; M. TAYLOR y C.

TINDALL

1994

Qualitative methods in psychology: A research guide.

Philadelphia: Open University.

BERGER, P. y LUCKMAN, T.

1972

La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.

BRONSTEIN, J.

1987

«The political symbolism of occupational health risks».

En Johnson, B. y V. Covello (coords.), *The social and cultural construction of risk* (pp. 199-226). Dordrecht: Reidel.

BROWN, B. y PERKINS, D.

1992

«Disruptions in place attachment».

Altman, I. y S. Low (eds.), *Place attachment: Human behavior and environment. Advances in theory and research*, vol. 12 (pp. 279-304). New York: Plenum.

BRUNER, J.

1991

Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva.

Madrid: Alianza.

1994

Realidad mental y mundos posibles. Barcelona: Gedisa.

CONAVI

Consejo Nacional de la Vivienda

1998a

Plan quinquenal de vivienda 1994-1998.

Caracas: Ministerio de Desarrollo Urbano/Centro de Documentación.

1998b

Informe anual 1998.

Caracas: Ministerio de Desarrollo Urbano/Centro de Documentación.

COOPER, C.

1979

The house as a symbol of self.

En Lang, J.; C. Burnette, W. Molosky y D. Vachon (eds.), *Designing for human behavior: Architecture in behavioral sciences* (pp. 130-146). Pennsylvania: Hutchinson y Ross.

FRIED, M.

1982

«Residential attachment: Sources of residential and community satisfaction».

Journal of Social Issues, 38(3), 107-119.

GONZÁLEZ-TÉLLEZ, S. y PHELAN, M

1992

¿Qué quieren los venezolanos? Valores sociales y vivienda en Venezuela.

Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana.

<p>GONZÁLEZ, F. 1995 «Es urgente reformar Ley de Inquilinato». <i>El Nacional</i>, cuerpo 2, p. 7, abril-25.</p>	<p>OCEI 1994 <i>Situación habitacional en Venezuela</i>. Caracas: Oficina Central de Estadística e Informática.</p>	<p>TAYLOR, S. y BOGDAN, R. 1990 <i>Introducción a los métodos cualitativos de investigación</i>. Buenos Aires: Paidós.</p>
<p>GUBA, E. 1990 «The alternative paradigm dialog». Guba, E. (ed.), <i>The paradigm dialog</i> (pp. 17-27). Newbury Park: Sage.</p>	<p>PANZA, R. y WIESENFELD, E. 1997 «Las tres caras de los desastres: percepción de riesgo, derrumbe y reubicación». <i>Desastres y Sociedad</i>, 5(8), 77-90.</p>	<p>TROCONES, A. 1994 «Desalojados y sin poder pagar una nueva vivienda». <i>El Universal</i>, p. 66, marzo 7.</p>
<p>HUMMON, D. 1992 Community attachment: Local sentiment and sense of place. Altman, I. y S. Low (eds.), <i>Place attachment: Human behavior and environment</i> (pp. 253-278). New York: Plenum.</p>	<p>PUY, A. 1995 <i>Percepción social de los riesgos</i>. Madrid: Fundación Mapfre.</p>	<p>WIESENFELD, E. 1992 «La evaluación psicosocial de viviendas multifamiliares». Trabajo de ascenso, Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela, Caracas.</p>
<p>IBÁÑEZ, T. 1989 «La psicología social como dispositivo desconstruccionista». Ibañez, T. (coord.). <i>El conocimiento de la realidad social</i>. Barcelona: Sendai.</p>	<p>RENN, O. 1992 Concepts of risk: A classification. Krimsky, S. y D. Golding (eds.). <i>Social theories of risk</i> (pp. 53-79). Praeger: Connecticut.</p>	<p>1995 <i>La vivienda: su evaluación desde la psicología ambiental</i>. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.</p>
<p>LEAL, A. 1995 «Tribunales procesan 136 mil casos de desalojo de viviendas». <i>El Nacional</i>, cuerpo D, p. 6, mayo 7.</p>	<p>RIVLIN, L. 1982 «Group membership and place meanings in an urban neighborhood». <i>Journal of Social Issues</i>, 38 (3), 75-93.</p>	<p>1996 «El significado del barrio: una aproximación psicosocial». <i>Revista AVEPSO</i>, XIX(2), 63-72.</p>
<p>LOW, S. y ALTMAN, I. 1992 Place attachment: A conceptual inquiry. Altman, I. y S. Low (eds.). <i>Place attachment: Human behavior and environment</i> (pp. 1-12). New York: Plenum.</p>	<p>SAEGERT, S. 1986 «Environmental psychology and social change». Stokols, D. y I. Altman (eds.). <i>Handbook of environmental psychology</i>. New York: Wiley.</p>	<p>1997 «Construction of the meaning of a barrio house. The case of a Caracas barrio». <i>Environment and Behavior</i>, 29(1), 34-63.</p>
<p>MARTÍNEZ, M. 1991 <i>La investigación cualitativa científica etnográfica en educación</i>. Caracas: Texto.</p>	<p>SCHUTZ, A. 1974 <i>El problema de la realidad social</i>. Buenos Aires: Amorrortu.</p>	<p>WIESENFELD, E. En prensa <i>La autoconstrucción. Un estudio psicosocial del significado de la vivienda</i>. Caracas: Consejo Nacional de la Vivienda.</p>
<p>NEWMAN, S. y OWEN, M. 1982 «Residential displacement: Extent, nature and effects». <i>Journal of Social Issues</i>, 38(3), 135-148.</p>	<p>STRAUSS, A. y CORBIN, J. 1994 «Grounded theory methodology. An overview». Denzin, N. e Y. Lincoln (eds.). <i>Handbook of qualitative research</i> (pp. 273-285). Thousand Oaks: Sage. 1990 <i>Basics of qualitative research</i>. Newbury Park: Sage.</p>	<p>WIESENFELD, E. y PANZA, R. 1999 Environmental hazards and home loss: The social construction of becoming homeless. <i>Community, Work and Family</i>, 2(1), 51-65.</p>

